

## De un costurero sentimental de desencuentros

### *Seis hombres una mujer*

JORGE ELIÉCER PARDO

Caza de Libros, Ibagué, 2012, 162 págs.

LA NOVELA *Seis hombres una mujer* del escritor tolimense Jorge Eliécer Pardo fue publicada originalmente en 1992 por la Editorial Grijalbo. Veinte años después, Caza de Libros la reimprime sin ningún agregado y con los mismos defectos de estilo. Se trata de una autoedición, pues la susodicha editorial pertenece al autor y a su familia. Caza de Libros tiene sus oficinas en Ibagué y ha venido adelantando una importante tarea cultural al publicar toda clase de autores colombianos en géneros como la novela, la poesía o el ensayo literario, no obstante la gran cantidad de obras que los Pardo vienen publicando en su propio sello. En este caso, se trata de una novela que quiere experimentar con los tiempos y dibujar, tras el anacronismo de una historia de amores universitarios, los inútiles devaneos sentimentales de su protagonista, Jerónimo Santos, un hombre que pasó de vivir una loca aventura de amor —con visos literarios, huelga decir— a convertirse en un oficinista como tantos otros. Dos clichés se anuncian aquí y no hay que buscar mucho para encontrarse frente a una fila de lecturas sin un argumento que pretexto su lugar en la novela de Pardo, más que para ufanarse de intertextualidad cuando en realidad poco o nada tienen allí que ver Hesse o Virginia Woolf. Jerónimo es un “hombre inquieto que en su juventud tuvo la locura del socialismo, como todos los de su generación, [...] ahora está dedicado a la filosofía y a las matemáticas como *hobby* sano y reconfortante”. Luego de haber vivido su propia *love story* junto a Ruth Mazabel —una *femme fatale* que Pardo quiere vendernos como si se tratase de la mismísima Maga de Cortázar y otras tantas heroínas de la literatura— y de escarbar con ella sendos episodios de la narrativa que el libro va consignando en largas citas en bastardilla, la vida lo empuja a contraer matrimonio con Leonor, una hacendosa muchacha de familia con quien vegetará en una

vida de burócrata aburrido y siempre con la idea de volver a Ruth o por lo menos de atraparla siempre en un recodo de la memoria como un buen sueño de juventud.

La vida junto a Ruth se nos parece a la más mamertosa de las películas de cine arte, “preparan café, leen a Proust y se miran en medio de los puntos seguidos. Él enciende la picadura retacada en la pipa que cambia una mañana a un compañero por dos problemas resueltos de matemáticas y una carta para una mujer desconocida”. El otro lado de la balanza lo vive enfundado en trajes de etiqueta, apretando manos en eventos sociales y exhibiendo un lujo cansino muy parecido al que los estudiantes izquierdosos suelen ver en las grandes élites sociales. Sin hacer mucho esfuerzo, la contraparte de su desventura y de sus ideas apagadas ya por las obligaciones y la vida marital está reflejada en algunos episodios nebulosos en los que el recuerdo de Carlos, su hermano revolucionario, se ven confundidos con la intromisión de una voz que reprocha de manera constante a Jerónimo por su falta de espíritu libertario y de carácter, se trata del Hombre de la Sombra, raro recurso de Pardo para no hacer monologar a su personaje más de lo debido y prestarle un poco de audacia narrativa a una novela que no consigue despegar ni aclararse más allá de la remembranza senil y de lo que parece la puesta en escena de seis hombres frente a la mesa de un lupanar, expugnando cada uno la historia baldía que carga sobre sus hombros cada mañana. Estos hombres ponen cada cual su vida sobre la mesa, son vidas de empleado, de hombres de a pie que el autor revisa de pasada como para dibujar mejor una historia que, como ya dije, no hace más que perorar sobre la misma mujer. La novela relata capitularmente la vida de Jerónimo al llegar a Bogotá, lo descubre por primera vez en el bar de Diva prodigándose de favores sexuales, buscando habitación, enfrentándose al frío capitalino y descubriendo una sordidez apenas bosquejada en el libro y por la que nos mantenemos entre el sepia de sus correrías con Ruth y el rojo carmesí del prostíbulo de Diva. Los saltos en los tiempos nos muestran a Ruth a su lado, leyendo, pasando por intelectual, escribiéndole cartas que

parafrasean cada rato a sus autores de cabecera. Pasados los años, Jerónimo no deja de perpetuar sus tardes junto a su maga: “recuerda que los dos no perdieron película de Bergman, de Buñuel, de Bertolucci, de Polanski”. Para colmo, Pardo no pierde tiempo y ‘calienta’ las cosas agregando pasajes eróticos mal hechos que bien podrían entrar a los anales de las líneas peor escritas en este género: “tienes un cuerpo como para sembrarlo de eternos murmullos y hermosos poemas”; y más adelante: “[...] y ella se llena de ansiedad mientras lo abraza y descubre que el roce de su sexo, la vellosidad abundante, le transmite un temblor leve que ella, igualmente siente subir por sus piernas, por su vientre, hasta la boca, por donde se le escapa el primer jadeo de placer”.

Los seis hombres del libro conforman un *loser team* bastante aburridor, por decir lo menos. “Un jubilado de obras públicas nacionales que estuvo en la guerra contra el Perú”; un sastre de profesión parecido a la caricatura de un viejo poeta fracasado; un relojero cegatón que bebe en el bar de Diva siempre al debe; un militar retirado que, sin embargo, viste la vieja charretera de sus años mozos; un carnicero de profesión sin más gloria que un prolongado estoicismo y, finalmente, un comerciante de sesenta años que busca su propia Ruth en los clasificados de los periódicos, sin hallarle jamás. Las licencias poéticas del relato nos ofrecen la más confusa de las explicaciones sobre lo que cada quien busca. Si se trata de la mismísima Ruth de Jerónimo o si debemos entender el relato como lo que parece ser, un ejercicio onírico que no requiere de demasiada cabeza. Jerónimo pierde el rumbo al alejarse de Ruth y sucumbir ante el protocolo social. Entonces regresa a sus lecturas fundamentales para acabar con lo que la evoca:

Al darse cuenta arranca muchas hojas de sus libros con una paciencia insólita: lee y quema, lee y rompe. La invoca junto a María Iribarne, en los pensamientos de Emma Bobary, en las añoranzas de Albertine y de Odette y de Faustine —la mujer de las invenciones de Morel— en las agonías de Sabina. La inquiere como Oliveira a la maga, como Werther a Carlota; sabe que está en algún lugar

NARRATIVA		RESEÑAS
<p>del mundo cosiendo y descosiendo el pasado para no morirse otra vez. Se recoge como Johnny El perseguidor. O como Gregorio Samsa; deambula como Hamlet y otra vez penetra en el mundo de los ciegos.</p> <p>Cierra este listado de pretensiones literarias, otra cita suelta, en la misma bastardilla, y sin mencionársenos, como ocurre a menudo a lo largo de la novela, si se trata de alguna inflexión narrativa de sus protagonistas o si nos encontramos de nuevo frente a una de tantas citas magistrales que revela cuán buenos lectores han sido este par de enamorados y cuán intelectual resulta el precursor de semejante historia, Jorge Eliécer Pardo.</p> <p>De vuelta a la idea inicial de Ruth y ya fuera del bar de Diva donde siete desheredados se dieron cita para excusar sus males, Leonor Valdivieso y su eterna rival se enfrentan sin más en la mente del protagonista. Se narra de nuevo la última etapa de la vida universitaria de Jerónimo mientras poco a poco el cambio de piel de este joven revolucionario que deviene en burócrata se va perdiendo entre la comodidad de un matrimonio que le dará la tranquilidad de un asalariado que se confiesa amante de Beethoven, de Bach, de Aznavour y de Serrat. Antes ya se habló de Jerónimo como un muchacho inquieto de buena familia que solía sentarse en su sillón Luis XV a disfrutar de la música clásica. Extraviado como su amor hacia su vieja compañera, Jerónimo no cesa en su empresa de vivir en un mundo imaginado. Este mundo lo llevó por las páginas del libro anunciando un secreto proyecto literario, un libro. La catarsis está por liberarle de alguna manera de aquella mala decisión de antaño. Suspendido entre dos celdas, la vida en casa junto a su familia y la vida de empresario, Jerónimo Santos decide entregarse a su ficción y escapar por segunda vez, ahora de la vida conyugal y sus lastres de rutina. Enfermo y decidido, el protagonista se pierde definitivamente en ese espejismo que lo mantuviera inmerso en los recuerdos.</p> <p>La lectura de <i>Seis hombres una mujer</i> deja muchas cuestiones en el tintero. No se profundiza en los ideales que al parecer pretextan el mundo</p>	<p>estudiantil de la Colombia de los años setenta, tema pomposamente anunciado en la contracubierta del libro, ni se “resumen los sueños, frustraciones y contradicciones” de esa generación, aparte del soliloquio de Jerónimo, de las entradas lacónicas de sus fantasmas y del grupo de perdedores que le secunda en su pérdida, no hay en el libro sino un pretexto para querer crear un personaje femenino memorable. Nada aparte de una densa novela experimental con la que no estoy seguro si tuve una conversación como lector o si simplemente superé una prueba de lectura y de paciencia, para mí que Pardo debió haberle dado nueva vida a esta reimpresión de un libro que, como se consigna al final de la novela, fue escrito entre el periodo 1980-1991. Mucho tiempo a su disposición para evitar novelas que se salen de su cauce por ambiciosas.</p> <p style="text-align: center;"><b>Carlos Andrés Almeyda Gómez</b></p>	